

**DE SPIRITUALITATE TERESIANA LEXOVIENSI  
OPERA QUAEDAM RECENTER EDITA**

*Licet argumentorum series a Concilio Vaticano II proposita doctorum catholicorum studia allexerit praecipue, attamen s. Theresiae ab In-fante Iesu persona adhuc praesens in Ecclesia atque vivacior perseverat: quod tria opera nuper edita sane confirmant. 1) Post saeculum iterum in lucem prolatae sunt collationes Abbatis Arminjon, dumtaxat quod spirituale pabulum laudatae Sanctae praebuerint.<sup>1</sup> 2) Impigrum totius vitae laborem p. S. Piat amplissimam de spiritualitate Sanctae Lexoviensis dissertationem legentibus nunc offert.<sup>2</sup> 3) Interpretationem suam de « adspectu » et anima s. Theresiae F. Görres denuo vulgat.<sup>3</sup> — Porro de singulis breviter disserturi sunt AA.*

I

Acaba de aparecer, publicado en Lyon, el libro del Abate Arminjon *Fin du monde présent et mystères de la vie future*. El Abate Arminjon y su libro son hoy conocidos en los ambientes espirituales casi exclusivamente a través del testimonio de Santa Teresa del Niño Jesús en sus *Manuscritos autobiográficos*. En ellos dejó constancia elocuente del bien inmenso que produjo en su alma la lectura de esta obra, que hoy vuelve a ver la luz pública tras ochenta años de olvido casi absoluto.

El anónimo editor, al arriesgarse a esta tardía reimpresión, no ha pretendido otra cosa sino ayudar a los estudiosos y amantes de Santa Teresita a seguir la trayectoria de su pensamiento y medir el influjo positivo que en su espiritualidad ejerció la lectura del libro de Arminjon. Por lo demás ni el estilo, ni las ideas, ni la forma oratoria del libro recomendaban esta publicación, como el mismo editor reconoce en el prólogo. Y, sin embargo, al adentrarnos en sus páginas nos vemos gratamente sorprendidos con que no nos resulta tan anacrónico y extraño como podía temerse de un orador de la pasada centuria. A pesar del tema, preside a toda la obra un sano optimismo, su argumentación es de ordinario suficientemente sólida y está basada principalmente en argumentos escriturísticos. Se echa de ver al profesor de Escritura que fue el Abate Arminjon en el Seminario Mayor de Chambéry, su ciudad natal. Su exégesis adolece de los defectos propios de su tiempo. Se ciñe demasiado a la letra y resulta excesivamente particularista. No hay que olvidar que escribió cuando el concordismo había alcanzado su momento culminante y el buen Abate se contagió del infantilismo que fue la característica de esta corriente exegética.

<sup>1</sup> *Fin du monde présent et mystères de la vie future par l'Abbé Arminjon (1881)*. Lyon, 1964, xvi-294 p. 20 cm.

<sup>2</sup> PIAT STÉPHANE, O. F. M., *Sainte Thérèse de Lisieux à la découverte de la voie d'enfance*. Paris, Éditions Franciscaines, 1964. 408 p. 21 cm.

<sup>3</sup> IDA FRIEDERIKE GÖRRES, *Das verborgene Antlitz*. — *Neue Deutung*. 9 Aufl. Herder, Freiburg — Basel — Wien, 1964. 558 p. 22 cm.

La presente edición reproduce la de 1883 que fue la segunda, y la que usó la Santa de Lisieux. Conforme al gusto de la época el nombre del autor viene acompañado de todos los títulos que podían darle autoridad: Misionero Apostólico, Canónigo Honorario de Chambéry y de Aosta, antiguo Profesor de Sagrada Escritura, de Historia Eclesiástica y de Elocuencia Sagrada en el Gran Seminario de Chambéry. De hecho el Abate Arminjon, nacido en 15 de Abril de 1824 en Chambéry había ingresado en la Compañía de Jesús en 1842, en la que permaneció 17 años. Fue después de abandonar la Compañía cuando ocupó durante seis años la cátedra de Chambéry. Pero la mayor parte de su vida se consagró a la predicación. Su especialidad fueron las misiones populares y, como misionero, recorrió casi todas las diócesis de Francia con notable éxito espiritual. Fué también un magnífico conversador, dotado de un humor y optimismo envidiables con los que se ganaba la simpatía de las gentes. Murió el 17 de Junio de 1885 y resulta curioso constatar que en los últimos días de su vida tuvo un miedo cerval del Purgatorio, tan en contraste con la doctrina de Sta. Teresita.

Arminjon publicó, además de este libro, algunos sermones sueltos, convertidos hoy en rarezas bibliográficas, y otra obra titulada *Regne de Dieu* publicada en 1879. A ella alude en el prólogo de la presente, considerándola como su preliminar. *Fin du monde présent et mystères de la vie future*, es también fruto de su actividad como predicador. Se recoge en él nueve conferencias predicadas en la catedral de Chambéry. Constituyen una visión completa de la escatología cristiana. En la *primera* estudia el problema del fin del mundo y de la señales que lo precederán. Se esfuerza en rebatir los errores panteístas y materialistas que expone sucintamente. En su argumentación echa mano con frecuencia de los últimos datos de la ciencia que trata de convertir en prueba de los asertos bíblicos. La descripción del fin del mundo se ciñe demasiado literalmente a los textos de la Escritura. — En la *segunda* plantea el tema del Anticristo y la conversión de los judíos. En ella aborda el problema judío y del antisemitismo. Aunque penetrado de los principios del catolicismo de su tiempo, tiene palabras de simpatía para el pueblo que « ha dado al mundo Cristo, los Apóstoles, la Virgen Inmaculada ». Pero forzado por los hechos cede a la tentación de atribuir al judaísmo todas las calamidades políticas, sociales y religiosas del mundo moderno, a través de la clásica amalgama de judaísmo, masonería y liberalismo. La parte que trata del Anticristo sigue literalmente los datos de la Escritura y adolece de los mismos defectos que la primera. — La resurrección de los cuerpos y el juicio universal son objeto de la *tercera* conferencia. La resurrección está planteada con acierto a partir de S. Pablo. A propósito de la identidad del cuerpo resucitado con el que el hombre tuvo en vida, tiene párrafos magníficos describiendo las relaciones entre el alma y el cuerpo y la conveniencia de la resurrección. Pero al tratar de explicarla se implica en cuestiones accesorias como la del papel que los ángeles tendrán en ella, y su argumentación pierde altura. Lo mismo puede decirse de su empeño de explicar con argumentos de física moderna la identidad de los cuerpos. Tratando del Juicio final, a mi entender la parte más floja del libro, bordea el ridículo al pretender probar que el Juicio final tendrá lugar materialmente en el Valle de Josafat: los buenos en el aire y los malos en el valle y sus alrededores (pag. 98-99). — La *cuarta* está

consagrada a la inmortalidad y estado glorioso de los cuerpos glorificados. En ella hay consideraciones muy hermosas acerca de la nostalgia del cielo, sobre la visión beatífica, y las prerrogativas de los cuerpos resucitados, para explicar las cuales se sirve de comparaciones tomadas de los inventos entonces recientes como la electricidad. Se adentra en la vida mística como pregusto del cielo. También la astronomía con el fantástico descubrimiento de los espacios siderales, de que da detalles en notas externas tomadas de los escritos recientes, le sirve de punto de apoyo para elevarse a la consideración de los cuerpos gloriosos. En esta conferencia se describe con bellas pinceladas el episodio de S. Agustín y Sta. Mónica contemplando el cielo en una noche estrellada desde el balcón de su casa de Ostia. — La *quinta* sobre el Purgatorio trata el tema con dignidad y acierto insistiendo en su carácter purificativo que, a pesar de lo terrible de las penas, lo hacen amable. Lo presenta ante todo como un lugar donde se ama a Dios y donde las almas no tienen otra ansia que unirse con Dios. Al hablar del lugar del Purgatorio se limita a recoger las sentencias de los teólogos y Santos Padres. Al describir en la segunda parte los sufrimientos, se abstiene por completo de descripciones de mal gusto, tan corrientes entre oradores de su tiempo. — Parecidas características tiene la *sexta* dedicada al tema del infierno. La aborda con cierto recelo y sólo en cuanto es necesario no callar una verdad tan fundamental de nuestra fe. Se mantiene en el terreno de lo abstracto y, en general, recoge escuetamente los testimonios de la Escritura y de los teólogos. Siguiendo una línea de argumentación clásica entre los oradores de la época, trata de justificar la existencia del infierno porque de otra suerte habría que suprimir el Cielo. Porque los hombres ante la perspectiva de un perdón seguro no se preocuparían de vivir conforme a los mandamientos. En esta prueba, poco conforme con su natural optimismo, busca Arminjon el apoyo de Lacordaire a quien cita profusamente. Pero su argumentación, a pesar de la elocuencia, suena a falso. — En la *séptima* entra el autor de lleno en lo que constituye el fin principal de este libro y de toda la actividad apostólica de su autor, como ya lo apunta en el prólogo « aider les chrétiens à devenir les hommes du *Sursum...* en élevant leurs espérances et leurs désirs vers une patrie meilleure » (p. 8). Trata de la Bienaventuranza eterna y de la Visión sobrenatural de Dios. Parte de la consideración de la vida del hombre como un enigma que sólo se resuelve con la admisión del cielo. Apoyado como siempre en la Escritura, particularmente en el Apocalipsis y en S. Pablo, describe ese cielo, desentrañando acertadamente el contenido simbólico de sus expresiones. Presenta con viveza extraordinaria a Dios que quiere recompensar lo que por él hicieron los Santos que hubieran deseado que la sangre se multiplicara en sus venas para volver a derramarla por Cristo, poseer mil cuerpos para mil veces entregarlos como hostias renovadas sin cesar. Allí el Señor exclama: « Maintenant mon tour ». Y toda la omnipotencia y el amor divino se vuelven para recompensar a los escogidos. Toda la conferencia está penetrada de un entusiasmo, y de una elocuencia que debió impresionar fuertemente al público de su tiempo. Da particular importancia al detalle tan humano de que en el cielo nos veremos y nos conoceremos porque los amores de este mundo continuarán sublimados en el Cielo. — La *octava* conferencia contiene una exposición teológica completa del Sacrificio de la Misa que aún hoy se lee con agrado y pro-

vecho. Se preocupa acaso exageradamente de probar con anécdotas más o menos históricas los efectos de la Eucaristía. — Finalmente la *última* conferencia entra de lleno en el misterio del sufrimiento y de sus relaciones con la vida eterna. Partiendo de la constatación de la presencia universal del dolor en el mundo, examina primero el lado positivo que presenta, aun desde el punto de vista filosófico, como elemento de moralización. Teológicamente el problema del dolor y, más particularmente del dolor inocente, le lleva a la consideración del Cuerpo Místico y de la universal solidaridad de los hombres entre sí y con Cristo que es la clave de la solución de este trágico enigma de la humanidad. Ello explica el por qué quiso Dios que la Pasión de Cristo se perpetuara continuamente en los altares y por qué los Santos, unidos a Cristo, sienten esas ansias divinas de sufrimiento. Contempla asimismo su aspecto purificador en cuanto se sirve de él Dios para castigar a los que ama. « En évoquant les souvenirs de notre vie, nous reconnâtrions aisément que c'est à l'époque des désolations et des grandes amertumes, que notre cœur s'est senti plus vivement touché de l'impression de Dieu et qu'il nous a semblé devenir plus voisins du Ciel » (p. 273). Es curioso que Arminjon termine su libro evocando el episodio de Santa María Egipciaca (p. 276-277) paralelo al de la joven Paesia, la pecadora arrepentida que murió de amor, con el que Santa Teresa del Niño Jesús pidió a su hermana que se cerrara su Autobiografía.

Hecho este largo resumen del libro del Abate Arminjon nos resta determinar hasta qué punto su doctrina influyó en la doctrina y en la vida de la Santa. Es indudable que su lectura fué un verdadero *impacto* en el alma de Teresa. Es la primera conclusión que se deduce de las palabras con que nos lo cuenta: « A los catorce años, con mis vivos deseos de saber, Dios creyó oportuno añadir a la *pura harina* » (se refiere a la *Imitación de Cristo*), « miel y aceite en abundancia ». « La miel y el aceite me lo proporcionó en las conferencias del Abate Arminjon... Aquella lectura fué también una de las mayores gracias que he recibido en mi vida » (MA f. 47 a b). Para explicarse esta afirmación tan contundente hay que tener en cuenta las circunstancias que acompañaron esta lectura. El libro había sido prestado a su padre por las Carmelitas y Teresa lo leyó en los meses de mayo-junio de 1887. Seis meses antes había tenido lugar la que ella llama « su conversión », el famoso episodio de la Noche Buena, en el que vió siempre la gracia decisiva de su vida que la capacitó para lanzarse definitivamente por las rutas de la santidad. Dato curioso, sólo cuando, como dice ella, consiguió « desembarazarse de los pañales de la infancia » — infancia en el sentido psicológico de infantilismo — logró la libertad y madurez de espíritu que precisaba para adentrarse en el camino de la Infancia Espiritual. Y precisamente cuando se estaba operando en ella esta maduración cayeron en sus manos las conferencias de Arminjon. Su lectura contribuyó a acelerarla y de ahí que le atribuye la Santa un valor tan decisivo. Fue continuación y complemento de la gracia de Navidad. El P. Arminjon abrió para el alma de Teresa los horizontes infinitos de la vida futura y le ayudó a transformar y sublimar la enfermiza nostalgia de su pasado infantil en el anhelo ardiente de un amor sin fronteras anclado en la esperanza.

Otra coincidencia digna de tenerse en cuenta es que fue al tiempo de esta lectura cuando obtuvo de su padre la autorización de entrar en el Carmelo, que tuvo lugar el 29 de mayo, domingo de Pentecostés. Los largos fragmentos que copió del libro de Arminjon están fechados entre el 30 de Mayo y el 5 de junio. Ello explica la exaltación, rayana en éxtasis, en que quedaba sumida el alma de Teresa ante las nuevas perspectivas que las conferencias abrían a su espíritu. Las leía en compañía de Celina en el mirador de la sala de estudio, el famoso Belvedere de los Buissonets. Los temas del Abate Arminjon constituían el fondo de las encendidas conversaciones que las dos hermanas sostenían, contemplando el cielo estrellado y evocando las de S. Agustín y Santa Mónica cuya descripción habían leído en la cuarta conferencia. « Hundida la mirada en la lejanía, contemplábamos el lento ascender de la luna blanca por detrás de los altos árboles... todo elevaba nuestras almas al cielo, al hermoso cielo del cual contemplábamos el limpio reverso... No sé si me equivoco, pero creo que la exaltación de nuestras almas se parecía a la de Santa Mónica y su hijo, cuando en el puerto de Ostia quedaban ambos perdidos en éxtasis a la vista de las maravillas del Creador » (MA f 48 a).

Según Celina, durante estas conversaciones con el lema sanjuanista « Señor, sufrir y ser despreciado por vos » en el que se sintetiza el contenido de la última conferencia, alternaban aquellas otras que Arminjon pone en boca de Dios cuando recompensa a los bienaventurados: « ahora me toca a mí » — « *Maintenant mon tour* » y que impresionaron profundamente sus almas. « Entonces en cierto modo dejábamos la tierra por la vida eterna. Como ha escrito nuestra Santa, desaparecían la fe y la esperanza, era la posesión de Dios en el amor ».

Acaso el atractivo inmediato que tuvo el libro para Teresita fue el carácter científico con que se presenta y que respondía a esa ansia de saber que bullía en su alma. Aunque la obra no pueda considerarse propiamente como científica, lo era suficientemente para quien estaba tan ayuna de lecturas como la Santa. En este aspecto debieron impresionarla las tres primeras que, sin embargo, no influenciaron su espiritualidad. Con instinto certero Teresa cribó todo aquello que no servía para su única finalidad del amor. De hecho en todos sus escritos no hay alusión alguna a los temas de estas conferencias.

A pesar de que transcribió algunos párrafos de la quinta conferencia no creo que la impresionase la doctrina sobre el Purgatorio. A base del Caminito de Infancia Espiritual logró sustituirlo por el Amor y por ello se despreocupó de él completamente. Tal vez le quedó como fondo la afirmación de que allí las almas viven en el amor y ansiando la unión divina y ello le hizo perderle el miedo. Por la misma razón fue nula la influencia de la doctrina del infierno. Ni siquiera en la terrible noche de la fe que la atormentó los dos últimos años de su vida, la intimidaba el pensamiento del infierno, se veía más bien sumida en el abismo de la nada. Acaso las voces de los impíos que le parecía oír a la Santa en el fondo de su espíritu, fueran el eco de lo que había leído en diversos pasajes de Arminjon en que expone la doctrina de los incrédulos materialistas.

La cuarta respondía maravillosamente a su nostalgia del cielo. El episodio de Mónica y Agustín que en ella se narra, contribuyó, sin duda, a provocar las conversaciones del Belvedere, y los datos científicos sobre

las maravillas del cielo astronómico formaron tal vez un tenue trasfondo de los éxtasis que a ellas acompañaron o siguieron. Las que verdaderamente la impresionaron fueron la séptima y novena. Los temas tratados en ellas recurren frecuentemente en los escritos de la Santa. No es que tuviera conciencia de esta dependencia. Teresa asimiló estas ideas y las trasformó en su propia sustancia. De la séptima transcribió largos párrafos. A ella pertenece el pensamiento que repetía como un estribillo « *Maintenant mon tour* » y que fue impulso fortísimo de tan subidos actos de amor. La comparación del alma bienaventurada con un viajero de pie en medio del océano que se extiende en la inmensidad, para explicar cómo la contemplación de Dios no se realiza en la inmovilidad, sino en una actividad incesante. « *Les heureux mariniers de ce séjour fortuné, voguant dans un abîme incommensurable de lumière et d'amour, ne crieront jamais comme Christophe Colomb: Terre! terre! Ils diront: Dieu, Dieu toujours, Dieu encore...* » (p. 207).

El tema de la novena coincide con la concepción del sufrimiento en cuanto integrante de la Infancia Espiritual, y su doctrina del Cuerpo Místico como fundamento de la expiación cristiana se enlaza con la ofrenda al Amor Misericordioso, como lejana inspiración. Pero no parece que haya ejercido influjo directo en su formulación.

En resumen. Nos consuela considerar que Teresa era acertada en sus gustos y que Arminjon, uno de sus autores preferidos, a pesar del carácter peculiar de sus escritos, que nacieron de sus predicaciones, es un pensador de nota. En cuanto al influjo que ejerció sobre la Santa, creemos que fue ante todo vital. En la vida de Teresa aparece en un instante decisivo. Cuando a través de su conversión quedó capacitada para adentrarse por el Camino de Infancia Espiritual fue el libro de Arminjon, su primera guía espiritual, que le hizo comprender la grandeza de la meta gloriosa hacia la que se encaminaba y templó su corazón y su mente para recorrer la larga y peligrosa senda. Las ideas de Arminjon continuarán actuando en el alma de Teresa del Niño Jesús pero más bien con una actuación subconsciente no refleja. Si le facilitó la búsqueda del Camino de Infancia, fue luego ella la que se lo fue construyendo sobre la marcha, empleando materiales tomados de más sublimes canteras y sobre todo del íntimo contacto con Dios que formó la trama de su vida. En el libro encontramos un clima y un terreno aptos para la espiritualidad de la santa lexoviense, pero no los rasgos que la caracterizan. De los principios que en él se establecen sólo una larga y profunda meditación y el genio intuitivo de Teresa pudieron deducir la doctrina del total abandono, de la confianza y el amor, en los brazos del Padre Celestial.

Estamos seguros de que la reimpresión de esta obra será de gran utilidad para los estudiosos de Teresa del Niño Jesús y podrá ser leída por todos con grande provecho espiritual. Al fin de cuentas el tema que trata es de perenne actualidad.

## II

Desde hacía tiempo era cosa sabida en los ambientes teresianistas que el P. Piat preparaba una obra empeñativa sobre su santa preferida. Y era aguardada por todos con ilusionada esperanza. Porque el P. Piat es un enamorado de Santa Teresita, profundo conocedor de su doctrina

y especialista de los ambientes, tanto familiar como conventual, en que se desarrolló su vida. Buena prueba de ello es su *Histoire d'une famille*, publicada en 1947, que se ha hecho clásica y ha dado la vuelta al mundo traducida a las principales lenguas, incluido el japonés. Para prepararla se puso en íntimo contacto con Lisieux y particularmente con Celina que le descubrió el alma de su hermana. Nadie mejor que Celina para iluminar los momentos más decisivos de la vida de Teresa. El trato con ella y con su prima María Guerin, también novicia de la Santa, permitió al P. Piat escribir otros dos libritos que son el complemento de la « Histoire d'une famille »: *Marie Guerin, cousine et disciple de Sainte Thérèse* y *Céline, sœur et disciple de Sainte Thérèse*. En la misma línea histórica publicó también *La Vierge du Sourire* en el que estudia la presunta curación milagrosa de Teresa por intervención de María. Pero también se ha ocupado de la doctrina. En *L'Évangile de l'Enfance Spirituelle* examinó las raíces evangélicas del mensaje teresiano y en *Deux âmes d'Évangile* trazó el paralelismo espiritual entre San Francisco de Asís y Santa Teresa del Niño Jesús, descubriendo sus concordancias vitales.

Si de todo hombre se puede afirmar que en alguna manera le hacen las circunstancias, ello se aplica con mayor razón a Santa Teresita que fue una especie de flor de invernadero, nacida y crecida en el ambiente propicio para el desarrollo de su espiritualidad característica. Consciente de ello la Santa al comenzar la historia de su alma se dispone a cantar las misericordias del Señor precisamente por esa providencia solícita que la ha colocado siempre en el contorno que su alma necesitaba. De ahí que el P. Piat, que ha penetrado como nadie en ese contorno, esté en grado de ofrecernos mejor que otro ninguno el alma de Teresita —un tanto desmenuzada a fuerza de preocupación analítica—, en este *Sainte Thérèse de Lisieux, à la découverte de l'Enfance Spirituelle*. A lo largo de toda la obra intenta seguir la trayectoria del Camino de Infancia Espiritual. En Teresa del Niño Jesús, vida y misión se identifican, porque Dios la hizo recorrer primero todas las etapas y modalidades de ese camino para cuya enseñanza la tenía predestinada, convirtiéndola en su pequeña doctora. Hasta la última fase de su vida no tuvo la Santa conciencia de esta misión. Juzgaba que Dios le había hecho encontrar un caminito a su propia medida personal, apto para resolver los pequeños conflictos de su alma, pero no soñaba siquiera que pudiera encerrar un « mensaje nuevo » que daría ánimo a millones de almas para emprender por su medio la escalada del monte de la santidad. Durante sus primeros años de vida religiosa se contenta con vivirlo encontrando en él paz, serenidad y madurez espiritual. Pero al ser nombrada Maestra de Novicias comprueba que su método resulta también maravilloso aplicado a los demás y comienza a intuir la misión a que Dios la tiene destinada. Por ello el camino de Infancia Espiritual no es más que la condensación de la vida tal como la vivió Teresa del Niño Jesús, y el buscar sus raíces lleva necesariamente a introducirse en esta vida. Esto ha servido al autor de ocasión para convertir su estudio prácticamente en una biografía. Es a un tiempo su mayor defecto y su mérito máspreciado. Porque, en definitiva, le tenemos que agradecer el que haya caído en la tentación de seguir su vocación de historiador, pues de otra suerte nos hubiéramos visto privados de la notable aportación con que enriquece la biografía de la Santa, sobre

todo por lo que se refiere al ambiente y época en que trascurrió su existencia. Desde este punto de vista la juzgo superior a cuantas se han publicado hasta el presente. Verdaderamente ha colmado nuestras esperanzas y ayudará a situar más adecuadamente la figura y comprender mejor la santidad y la doctrina teresianas.

La obra está dividida en quince capítulos agrupados en cinco libros. De éstos consagra los cuatro primeros a los que considera cuatro períodos fundamentales de la génesis del Camino de Infancia. En el quinto hace una síntesis doctrinal y algunas consideraciones sobre la actualidad del mensaje de Sta. Teresa del Niño Jesús. Sigue un método casi exclusivamente analítico y no desperdicia ocasión para incluir el detalle interesante y desconocido que puede arrojar nueva luz y que él ha logrado descubrir en sus pacientes y minuciosas investigaciones. Acierta a situar admirablemente las palabras de la Santa en el tiempo, lugar y demás circunstancias en que fueron pronunciadas, con lo que facilita su comprensión y valorización. Con ello ha rendido un no pequeño servicio a los estudiosos de la espiritualidad lexoviana.

El *libro primero* estudia la fase de preparación lejana (1873-1888). Es casi exclusivamente biográfico. Examina el substratum humano y psicológico sobre el que deberá asentarse la Infancia Espiritual. Muchos son los detalles inéditos que aduce y algunos muy interesantes, referentes a la vida familiar. Las afirmaciones las apoya casi siempre en el documento respectivo. Sin embargo se ha descuidado de hacerlo algunas veces como para su afirmación tan interesante de que « le bastó una sola sesión para aprender el alfabeto » (p. 19). Creo de suma importancia cuanto dice acerca del ambiente espiritual de la familia, influenciado por la espiritualidad de S. Francisco de Sales. Celia Guerin, reaccionando contra el jansenismo en que fue educada, era una entusiasta del Santo obispo de Ginebra y de su doctrina del amor, y procuró imbuir en ella a sus hijas. Las relaciones con la Visitación continuaron alimentando este espíritu en la familia aun después de su muerte. Ningún influjo más apropiado para el primer desarrollo de la doctrina de la confianza y del amor. — En cuanto a la enfermedad de Teresa reconoce que se trataba de trastornos nerviosos y que, por tanto, no podemos insistir demasiado en la condición milagrosa de su curación. Acepta que un cierto desequilibrio afectivo continuó hasta la famosa *conversión* de la Noche Buena de 1887, en que curó completa y definitivamente. El Autor la describe con todo detalle y analiza acertadamente su proceso psicológico. Pero, a mi entender, no valoriza suficientemente el influjo que ejerció en la génesis de la Infancia Espiritual. Creo yo que fue sólo entonces cuando quedó capacitada psicológicamente para entrar por el *camino* a que Dios la llamaba. Por sobrenatural paradoja para profesar y vivir la Infancia Espiritual se precisa primero superar el infantilismo. Sólo las almas maduras pueden hacerse niños. Hasta entonces « envuelta en los pañales de la infancia », como la misma santa afirma, su sensibilidad morbosa constituía un obstáculo insuperable para iniciar su *caminito*.

El *libro segundo* estudia la segunda fase que llama de « presentimiento y aproximación », que abarca el breve período que corre desde el ingreso en el Carmelo hasta la profesión (1888-1890). La descripción del Carmelo de Lisieux en tiempo de Teresa, documentada y llena de



detalles interesantísimos de la vida de la comunidad, de los usos y costumbres, del espíritu que allí reinaba y de las personas que la constituían, es de lo más valioso del libro. Muchos de los datos que aduce eran inéditos y su juicio de todo el ambiente muy ponderado. Espero que contribuirá a situar mejor la vida de Teresa sin las exageraciones novelísticas que tanto han contribuido a desfigurarla. En conjunto se podrán aclarar algunos detalles de los Procesos que resultaban desconcertantes. Por ejemplo, la afirmación de que en la comida a la Santa « le servían invariablemente las sobras ». Nos explica Piat que durante el tiempo de los ayunos Teresa estaba dispensada de ellos por su endeble salud y a la noche le servían como « extra » además de lo de la comunidad, algo de lo que había sobrado del « principio » del mediodía, en lugar de prepararle alguna cosa especial. Con esta explicación el hecho resulta comprensible y hasta normal dentro de las costumbres de la vida comunitaria. Asimismo el capítulo cuarto contiene copioso material de primera mano y resulta de grande ayuda para descubrir los posibles influjos que ha podido sufrir la Santa a través de sus lecturas para formar su mentalidad característica. En tiempo de la santa la espiritualidad francesa estaba todavía impregnada de jansenismo y la del Carmelo no constituía una excepción. Buena prueba de ello la tenemos en el libro que pretendía definir su espíritu: *Le Trésor du Carmel*. En él se señala como signo característico de la vocación al Carmelo el vivir bajo el pensamiento de la justicia divina y penetradas del temor de sus castigos. Afortunadamente Teresa del Niño Jesús había sido educada en la doctrina del amor y, tras algunas vacilaciones, quedó impermeabilizada contra el influjo de una espiritualidad, que hubiera borrado en su alma toda huella del *caminito*. Entre todas las carmelitas de Lisieux ninguna acaso tan tocada de los resabios jansenistas como la Madre Gonzaga. Ello explica no pocos de los episodios de sus relaciones con la Santa y, sobre todo, su contraste con la M. Inés de Jesús.

Para verificar los influjos positivos, el P. Piat sigue la pista de todos los libros que Teresa pudo leer y hasta ha logrado dar con los temas y contenido de los ejercicios y pláticas predicados a la comunidad de Lisieux en los años en que ella allí vivió. En uno de los Apéndices presenta la lista completa de todos los libros que componían la pequeña biblioteca del antecoro (p. 393-394) y se ha tomado la molestia de leer y analizar los más importantes para localizar posibles influjos. Aunque por confesión propia de la Santa nos consta que durante su vida en el Carmelo era más amante de la meditación que de la lectura, podemos suponer que en la que a diario se hacía durante las comidas, gran parte de aquellos libros pudieron ser conocidos por ella y es incluso probable que su contenido se comentara en la recreación de comunidad. El P. Piat se detiene particularmente en el examen de los de Arminjon y Argentan. Del primero hemos dicho lo bastante en la nota a él consagrada. Respecto del segundo advierte cómo, mientras han resbalado por el alma de Teresa los pasajes y la doctrina rigorista que lo caracterizan, han quedado prendidos en ella otros elementos más afines a su pensamiento referentes al amor divino como « fuego devorador » y ciertas reminiscencias de Isaías que la Santa comenta en sus *Manuscritos*.

Un tanto extraña resulta la insinuación de que acaso Santa Teresa del Niño Jesús no leyó, al menos completamente, la *Subida del Monte Carmelo* y la *Noche Oscura* de S. Juan de la Cruz (p. 109). No creo que haya fundamento aceptable para ello si bien queda fuera de toda duda el influjo predominante de *Cántico* y *Llama*, del cual hace el P. Piat un análisis completo y profundo.

Sigue un examen detallado de la importancia decisiva de la Sagrada Escritura en la génesis de su pensamiento y como contenido base del Camino de Infancia (p. 125-139). Teresa no leyó la Biblia por entero y hasta es posible que habitualmente no la tuviera a su disposición. Pero el Nuevo Testamento fue siempre inseparable compañero de su vida espiritual. Meditó asiduamente los Evangelios y Epístolas de S. Pablo. Cuando entró Celina en el Carmelo llevó consigo un cuaderno con textos del Antiguo Testamento y, sobre todo, de Isaías, seleccionados por ella misma. La Santa lo leyó y quedó entusiasmada hasta el punto de copiarlo íntegramente. En este cuaderno estaban incluidos todos los textos que cita en sus *Manuscritos autobiográficos*. El P. Piat hace un estudio de los principales y de su relación con la doctrina teresiana.

Es notable asimismo la exposición que hace del influjo de los directores espirituales ocasionales que tuvo en su vida. Sobresale el del Padre Alexis Prou a quien nos presenta bajo una luz simpática y amable muy en la línea de la espiritualidad de su dirigida. El acierto que tuvo para conocer y guiar a la Santa en el momento decisivo de su vida espiritual no fue casual sino muy en concordancia con sus principios.

El P. Piat ha llevado su minuciosidad hasta investigar el posible origen de las metáforas características que juegan un papel tan importante en la exposición del Camino de Infancia Espiritual. De casi todas ellas — navío, ascensor, pelotita, gota de agua perdida, el fuego, granito de arena etc. — encuentra alguna traza en los libros leídos por la Santa. Es verdad que nunca aparecen desentrañadas, ni tienen la riqueza de contenido que de ellos ha sabido sacar Teresa.

Estos influjos documentan que Teresa no ha creado de la nada su doctrina, pero no por ello deja de ser original. Es intuitiva y su concepción espiritual brota como chispazos al calor de la meditación, sin preocuparse de lecturas pasadas que siguen influenciándola a través del subconsciente. Sólo a la Escritura presta una atención refleja y cuando da con un pasaje que confirma sus intuiciones se siente invadida de júbilo y profundizando en su sentido alcanza nuevas y más valiosas intuiciones. Característico es el caso de su descubrimiento de su misión como Carmelita y de la función del amor con el Cuerpo Místico, a la lectura del capítulo trece de la I Epístola de S. Pablo a los Corintios. Fue el chispazo que provocó el maravilloso incendio que originó los más sublimes conceptos brotados de su mente iluminada.

El *libro tercero* se extiende desde la toma de velo en 1890 hasta 1896 y culmina en su ofrecimiento como víctima al Amor Misericordioso. El Autor lo designa como fase de « *recherche et mise au point* ». Acaso sea aquí donde más se echa en falta el espíritu sintético del autor. A veces, perdido en la masa de datos y testimonios siempre interesantes y perfectamente situados en su contorno vital, resulta

penoso seguir su pensamiento. Sin embargo la exposición de la oferta al Amor Misericordioso es casi exhaustiva tanto desde el punto de vista histórico como del psicológico.

Es de notar el uso copioso que hace de los poemas teresianos. Si bien es verdad que rara vez demuestra la Santa una auténtica vena poética, el P. Piat prueba que no eran poesías de compromiso sino vehículos para exponer su doctrina y que le salían del fondo del corazón sintonizando con el estado de su alma. La ofrenda al Amor Misericordioso aparece en contraste y como superación de las tradiciones de la comunidad que se orietaban más bien hacia la Justicia Divina. Dentro de la síntesis señala la maduración del Camino de Infancia en la que entra como elemento constitutivo. Esta maduración coincidió en la vida de Teresa con su inicial magisterio espiritual como Maestra de Novicias. El P. Piat lo estudia en los capítulos séptimo y octavo recogiendo innumerables detalles complementarios. Este ensayo coronado de éxito formó la base de la consciencia psicológica de su misión como guía de almas.

El *cuarto libro* cierra el proceso de formación del Camino de Infancia con la fase de desarrollo e irradiación que va desde 1896 hasta la muerte de la Santa. Es el período espiritualmente más rico y, al mismo tiempo, el más dramático de la vida de Teresa. Para mí el de las supremas purificaciones, en el que se acendra perfectamente su espíritu y en plena Noche alcanza las cumbres supremas de la santidad. El P. Piat supone que ya en 1896 Teresa había escalado las últimas vetas y nada tenía su alma que purificar. El sufrimiento y las pruebas a que desde entonces es sometida, tendrán un carácter exclusivamente apostólico en perfecta unión con la Pasión de Cristo y con vista a su misión providencial como Madre de las almas. Refiere el testimonio de la misma Santa citado en los procesos por su hermana Pauline: « las grandes tentaciones contra la fe no han hecho más que quitar a mis deseos del cielo lo que podían tener de demasiado natural » y, aludiendo implícitamente a mi trabajo sobre *Las Noches Sanjuanistas en la doctrina y en la vida de Santa Teresa del Niño Jesús*,<sup>4</sup> comenta: « Voilà qui semble matière assez mince pour justifier le vocable de *nuit purificatrice* » (p. 221). Y se escuda en que tales deseos no tienen nada de pecaminoso. Olvida tal vez el P. Piat que en cuestión de purificaciones su terribilidad está en razón inversa de la gravedad de las faltas de que ha de limpiarse el alma y también la conciencia que tiene el alma del alejamiento en que se encuentra de Dios. Cuanto más unida está el alma a Dios, más dolor experimenta por cuanto la separa de él y cuanto más pura, más claramente ve sus faltas y más terriblemente le duelen. La noche del sentido en la que el alma se purifica de los defectos de más bulto no es comparable con la del espíritu cuya terribilidad está ordenada precisamente a purgarla de los últimos restos de su afición, de sus modos de pensar personales y de los últimos defectos. Estos en cuanto imperfecciones los encontramos hasta en las séptimas moradas y hasta allí puede llegar la

<sup>4</sup> GREGORIO DE JESÚS CRUCIFICADO, O. C. D., *Las noches sanjuanistas vividas por Santa Teresa del Niño Jesús*, en *Ephemerides Carmeliticæ* XI (1960) 352-382.

fuerza purificadora: No creo que pierdan nada ni la figura de Teresa ni su doctrina porque afirmemos que hasta los últimos días de su vida continuó purificándola — que es lo mismo que perfeccionándola — la llama del Divino Amor, que en la doctrina de S. Juan de la Cruz es el agente verdadero de purificación.

De hecho, yo veo que la Santa es precisamente en los últimos meses de su vida cuando ha realizado progresos más sensibles en la santidad. Sin duda la noche de la fe ha dado los últimos toques de perfección a su alma. Lo cual no quita para que esta noche hubiera servido como un formidable elemento de apostolado. Tanto la noche del sentido como la del espíritu no sólo son compatibles con él, sino acaso su mejor medio. Por ellos no hacemos otra cosa que *compati* con Cristo, es decir, identificarnos vivamente en su acción redentora. Hasta en la forma en que Teresa afronta la muerte veo yo una manifestación de su progreso espiritual. Al principio de la noche de la fe, que sincroniza en el Viernes Santo en que tuvo el primer vómito de sangre preludeo de su muerte, Teresa siente un inmenso gozo ante su perspectiva. En el *Castillo Interior* de Teresa de Avila estas ansias de muerte son características de la sextas moradas. Pero en los últimos meses de su vida Teresa del Niño Jesús ya no desea morir, está de tal manera en las manos de Dios que la vida y la muerte le son indiferentes, sólo anhela conformarse plenamente con la voluntad divina. Para alcanzar esto es lógico que hayan tenido que ser purificados sus deseos del cielo. Y ¡claro que valía la pena!

El *libro quinto* finalmente está dedicado a la supervivencia del Mensaje teresiano. En el capítulo catorce hace una síntesis y recapitulación de la génesis del Camino de Infancia. Examina el origen de esta expresión que, aunque no materialmente de la Santa, refleja perfectamente su pensamiento. Descarta las falsas interpretaciones susceptibles de desacreditarlo. Cierra su libro con una visión del mundo moderno, entre cuyos desviados derroteros el Camino de Infancia Espiritual puede significar una ruta luminosa abierta para todos.

Larga ha resultado la nota pero el libro del P. Piat no merecía, menos, ya que constituye una aportación de primer orden a los estudios teresianos. Es enorme el material que ha recogido y, además, de primera calidad. Con él ha enriquecido notablemente la biografía de la Santa. Una nueva luz esclarece el ambiente en que se desarrolló su vida y su misma doctrina aparece más completa y consistente. Espero que será de particular utilidad para que los teólogos sigan investigando y explotando el inagotable venero de una espiritualidad que tan maravillosamente se adapta a la mentalidad contemporánea.

FR. GREGORIO DE JESÚS CRUCIFICADO, O. C. D.

### III

Applicant un texte du célèbre écrivain Adalbert Stifter, Madame Görres manifeste sa conviction profonde: sainte Thérèse n'est pas une sainte « extraordinaire » en ce sens qu'elle ferait crier à l'héroïsme grandiose; ce qui y est admirable, c'est le travail de la grâce

sous les dehors d'une vie tout à fait monotone et ordinaire. Quiconque a étudié quelque peu la Sainte en conviendra avec l'A. Seulement, celle-ci n'est-elle pas quelquefois un peu trop préoccupée de minimiser tout ce qui pourrait sembler dépasser le commun? Après certaines pages magnifiques on reste perplexe devant les affirmations finales: la vie de la sainte ne s'est distinguée que par sa courte durée de celle de Mère Geneviève et de ses soeurs, il est même possible que Thérèse n'excellât de fait en rien, quant à la vertu, par rapport à beaucoup d'autres membres de son Ordre. Il y a plus encore: sans les efforts passionnés et persévérants de ses trois soeurs, personne n'aurait plus entendu parler d'elle, pas plus que de tant d'autres personnes, qui sont restées inconnues (p. 520). Cette dernière affirmation est tout à fait gratuite, la précédente est plutôt hypothétique et la première nous semble en contradiction avec les pages, où, malgré tout, l'héroïsme de sainte Thérèse apparaît manifestement, — héroïsme simple, oui, mais vraiment sublime. L'A. réagit avec raison contre les biographies qui tiennent plus du panégyrique que de l'histoire. Elle a cherché le vrai visage caché derrière les photographies retouchées et les louanges de ses soeurs et d'autres témoins; elle trouve excessif qu'on voie partout des signes de sainteté (p. 81). Elle avoue qu'en éloignant ces voiles, le vrai visage reste encore plus caché, parce que la sainteté y est invisible (p. 533). Mais, disons-nous, si l'Eglise a canonisé Ste Thérèse, elle l'a fait en connaissance de cause et selon des signes dont elle a pu juger qu'ils *manifestaient* assez clairement une sainteté intérieure, laquelle, il faut le dire, comporte toujours un haut degré d'héroïsme. Nous ne croyons pas que l'A. ait l'intention de rabaisser les normes de la sainteté, un lecteur peu averti pourrait pourtant s'y tromper et il aurait été bon de prévenir cette erreur fatale en soulignant vigoureusement dans les dernières pages l'héroïsme de la sainte au cours d'une vie tout à fait ordinaire.

Une autre idée fondamentale, sur laquelle l'A. aime à revenir, est qu'au fond sainte Thérèse n'a pas connu d'évolution proprement dite. Ce qu'elle était à 5 ans, elle l'était encore sur son lit de mort (p. 30). Enfant, elle l'est restée pendant toute sa vie; toutes les influences qu'elle a dû subir, toutes les crises qu'elle a traversées n'ont pu ni lui ôter ce qu'elle avait reçu pendant ses tout premières années, ni même y ajouter quelque chose. C'est en ce sens que l'A. exclut une évolution (Entwicklung), tout en admettant un développement (Entfaltung), c.-à-d. une explicitation de la donnée initiale. C'est en fonction de son expérience d'enfant que par les mots « être bon » Thérèse entendait d'abord faire plaisir aux parents, ce qui, transposé sur le plan surnaturel, la délivre radicalement de tout formalisme (p. 60) et lui fait mettre l'amour à la racine de ses actions (p. 67). Elle est encore restée avec sa simplicité d'enfant dans l'obéissance (p. 103, 130), dans la docilité à la grâce (p. 104), elle a compris que la sainteté est un don gratuit de Dieu (p. 70), elle a su éviter toute pose (p. 124), elle ne s'est jamais *fait* de problèmes bien qu'elle ait eu beaucoup de difficultés (p. 62). C'est ce caractère d'enfant qui renaît, mais mûri et affermi, après les années de sensibilité excessive (p. 140). Elle a éprouvé le monde invisible comme une réalité très proche et elle en a vécu (p. 201).

Cette heureuse qualité d'une enfance perpétuelle n'a-t-elle pas son envers? L'A. nous le dit franchement dès le début: c'est une limitation

inviolable (seine unzerbrechliche Beschränkung, p. 31), qui lui vient de son milieu et qu'elle n'a jamais dépassée: « ein sehr liebenswürdiges Kleinstadtmädchen mit den bezeichnenden Zügen solcher Herkunft und Umwelt; gut begabt, doch von sehr genügsamer Bildung, mit engem Weltbild, unzulänglichem Geschmack, manchen Entwicklungshemmungen und auch mit besonderen Belastungen der Anlage. Therese war eine typische « kleine Seele » (p. 519). Sur ce point nous pouvons être d'accord, pourvu qu'on se souvienne que ces limites ne diminuaient pas sa grandeur morale. Et c'est par cette grandeur morale qu'elle a conquis le monde. L'A. remarque avec raison que nous ne devons pas nous laisser tromper par le style un peu enfantin et sentimental, qui risque de masquer de solides réalités surnaturelles (p. 325). Cela aussi, nous semble-t-il, aurait dû être mis davantage en relief, pour éviter tout malentendu chez un lecteur pressé.

Le livre contient des pages admirablement écrites, nous tenons à le dire avec insistance. Est à méditer notamment la cinquième partie sur l'exposé de la doctrine de Ste Thérèse. Et pourtant, malgré tout, on ferme le livre avec un certain malaise. Serait-ce à cause de la description très sombre de la communauté où vit la sainte — description *trop* sombre, puisque seuls les défauts son mis en relief...? Nous ne le croyons pas. Ne serait-ce pas plutôt parce que nous n'avons pas encore découvert le vrai visage de sainte Thérèse, ou même parce que, nous en avons l'impression, voulant déchirer tous les voiles qui cachaient celui-ci, l'A. est allé trop loin et l'a blessé jusqu'à le défigurer? Nous restons perplexe et nous ne croyons pas être le seul. Une traduction néerlandaise a été faite assez tôt, il est vrai (en 1950), mais les autres traductions suivent avec hésitation: pour le moment nous ne connaissons encore que l'anglaise et la portugaise.

Dans la première édition (1944, p. VII) l'A. se plaignait du manque de recherches critiques rendant une étude définitive impossible. Or, depuis lors les éditions critiques sont à la disposition de tous. Mais l'A. n'a pas cru pour autant devoir modifier le portrait qu'elle avait brossé à l'aide de sources incomplètes.<sup>5</sup> Sur ce point elle nous excusera de n'être pas d'accord avec elle. Il est vrai qu'il n'y a pas eu de découvertes sensationnelles, mais l'A. aurait pu profiter davantage de toutes les études et éditions publiées ces vingt dernières années. Les critiques formulées à son endroit<sup>6</sup> auraient d'abord dû l'inviter à un nouvel examen de son interprétation des faits déjà connus en 1944; certaines d'entre elles

<sup>5</sup> p. 27. C'est ce qui faisait dire Mgr A. Combes, se référant à la seconde édition du livre, qu'il est bon de se méfier d'une documentation lacunaire; voir son livre: *Le Problème de l'Histoire d'une Ame et des Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Lisieux*, Paris, 1950, p. 57, note. — A propos de l'édition critique des manuscrits elle dit avec exagération: Von sensationellen Enthüllungen, von grundstürzenden Wandlungen im Gesicht der Heiligen ist nicht die Rede. In dieser Hinsicht hat der Berg der kritischen Forschung nur eine Maus geboren (p. 27).

<sup>6</sup> Voir entre autres: celle du P. M. ARTS dans *Carmel* (Hollande) 4 (1951-1952), p. 52-74. Il insiste sur trois défauts importants: l'usage peu sûr des sources, la tendance à dramatiser les situations et surtout l'emploi prépondérant de la méthode psychologique, qui a conduit l'A. à défigurer sainte Thérèse, p. c. q. c'est ce qui l'a empêchée de comprendre l'évolution de la grâce dans l'âme de la sainte, son offrande à l'Amour miséricordieux et sa

étaient justes et touchaient le fond même du livre. L'A. s'est contentée, au contraire, de quelques corrections de détail, notamment pour quelques particularités empruntées au P. Ubald (qu'elle retient toutefois, mais à tort, dans sa bibliographie). Ensuite, est-ce que tous les détails relevés ces dernières années, sont vraiment sans importance pour qui veut découvrir le vrai visage de Ste Thérèse? Si l'édition critique des manuscrits montre bien que Mère Agnès n'a pas déformé sainte Thérèse (p. 25), ne faut-il pas ajouter que celle-ci nous apparaît maintenant plus spontanée, plus près de nous? Et l'A. n'aurait-elle pas bien fait de mettre en relief ce que l'édition critique nous fait voir plus clairement? — Le livre du P. PIAT, *Histoire d'une famille*, aurait dû, lui aussi, être davantage utilisé. La figure de Zélie Guérin, entre autres, y aurait beaucoup gagné et serait devenue beaucoup plus sympathique. Ici d'ailleurs les lettres de Zélie, publiées intégralement, auraient pu être consultées avec profit; l'auteur se contente d'en citer quelques extraits donnés jadis par Mgr Lavaille (p. ex. p. 49, 57). Somme toute, malgré la nouvelle introduction, le livre nous semble être resté figé à la date de sa première apparition; il n'a pas suivi le rythme des études thérésiennes.

On aurait aussi désiré certaines mises au point secondaires. Donnons quelques exemples, choisis entre beaucoup d'autres. L'A. se contente d'indiquer la date des lettres qu'elle prend encore de l'*Histoire d'une Ame*.<sup>7</sup> Or, l'on sait que ces lettres ont été quelquefois « composées » à l'aide de fragments pris de lettres différentes. Les mots cités p. 235 et datés du 26 avril 1891 ne se trouvent pas dans l'édition critique à la date indiquée, mais à peu près textuellement dans la lettre n° 99 du 23 juillet 1891. Il n'y a de lettre ni le 14 août 1889 (p. 356), ni le 19 avril 1894 (p. 417). Ce dernier texte se trouve dans la lettre n° 146, du 18 juillet 1894; il est donc rédigé, non sous le priorat de Mère Marie de Gonzague, mais sous celui de Mère Agnès. A corriger aussi les dates des lettres citées p. 428, 443, 459, 498. L'A. a été d'ailleurs trop pressée en comptant les lettres que Thérèse a écrites du couvent et qui ont été conservées (p. 240). Il est vrai que l'édition critique contient 238 numéros dont 24 précèdent son entrée. Mais notons-le, parmi les 214 qui restent, beaucoup ne sont que de simples billets de quelques lignes, adressées à des sœurs de la communauté.

C'est certainement par distraction que S. Pie X est mis en rapport avec A. Combes (p. 12, — la phrase est au moins ambiguë), que Céline est appelée Mère Geneviève (p. 49), que Pauline est dite être la sœur aînée de Thérèse,<sup>8</sup> que M. Marie de Gonzague est appelée la *fondatrice* du Carmel de Lisieux.<sup>8</sup> — On voudrait aussi être mieux renseigné sur certains détails importants, p. ex. que Thérèse aimait à lire des romans chevaleresques (p. 163), qu'elle conseillait à Sr. Marthe de retourner dans le monde si elle ne voulait pas renoncer à son amour trop sensible pour la prieure (p. 273). — Précisons encore que M. Martin est

---

paix profonde dans toutes ses épreuves. Si nous le comprenons bien, le P. Arts veut dire surtout que l'A. est restée étrangère à la sainte; malgré ses efforts, elle n'a pas réussi à pénétrer dans son intimité. C'est aussi notre impression.

<sup>7</sup> Une fois seulement elle cite l'édition critique: p. 436.

<sup>8</sup> p. 212: « Thereses älteste Schwester Pauline ». La traduction anglaise a bien fait de corriger en mettant: « Thérèse's elder sister ».

<sup>9</sup> p. 207. Elle dit p. 189 que c'est Mère Geneviève, ce qui est exact.

mort en juillet 1894, que la première poésie conservée de Ste Thérèse date du 2 février 1893, qu'elle commença d'écrire sa vie en janvier 1895 (p. 212-213), que le livre d'Arminjon (p. 162) a connu au moins deux éditions, puisque Mgr A. Combres cite la seconde dans son *Introduction à la spiritualité de Sainte Thérèse de l'Enfant Jésus*.<sup>10</sup>

On se demande de quel droit l'A. peut affirmer que si Ste Thérèse avait mieux connu le Carmel de Lisieux, elle n'y serait jamais entrée? (p. 269). Cette affirmation gratuite contient deux points très graves. L'un d'eux est relatif à la communauté dont Thérèse faisait partie et dont, nous l'avons dit, l'A. aime à accumuler les défauts. Il est toujours facile de jeter le discrédit sur un monastère en n'en regardant que les ombres! L'autre vise Thérèse elle-même, car il est certain que celle-ci a fait tout ce qu'elle a pu pour faire entrer Céline au Carmel de Lisieux. Alors un dilemme se pose: ou bien elle voulait cruellement sacrifier sa sœur chérie à une vie qui allait la faire souffrir amèrement, ou bien elle était convaincue que Céline trouverait au Carmel de Lisieux de quoi pouvoir s'épanouir et être heureuse, malgré les inévitables désillusions rencontrées en tout milieu comme en toute vie. De plus, c'est jeter un doute sur la sincérité de Thérèse lorsqu'elle affirme être heureuse, lorsqu'elle parle des bons côtés de ses sœurs, lorsqu'elle dit avoir trouvé la vie religieuse telle qu'elle se l'était imaginée, etc. — Remarquons encore que la description de la photo de Thérèse dans le préau (p. 270-271) est littéralement celle de la première édition (p. 256). Or, entre-temps d'autres photos ont été publiées, notamment l'album magnifique du P. François de Ste Marie. En comparant cette photo avec les autres le jugement aurait pu être modifié.

On nous accusera de chicaner en relevant tous ces défauts. Pourtant l'exactitude rigoureuse est de mise dans un ouvrage d'histoire, elle seule peut inspirer une entière confiance. Si cette exactitude fait défaut on glisse facilement de l'histoire à l'invention fantaisiste. C'est pourquoi on a le droit de se montrer exigeant et de demander que chaque affirmation soit historiquement justifiée et contrôlable. L'auteur nous a donné l'un des essais les plus intéressants sur la vie et la doctrine de Ste Thérèse, mais nous l'avouons à notre grand regret, nous ne pouvons pas l'accepter sans de graves réserves. — Nous voudrions terminer par un souhait: que l'A. reprenne son travail en une refonte générale, profitant de tout ce qui a été produit ces vingt dernières années. Puisse la ferveur qu'elle a mise pour écrire le premier livre, l'inspirer et la soutenir au cours de ce nouveau labeur qui nous fera mieux connaître la sainte que nous admirons tous et que nous souhaitons accessible au monde d'aujourd'hui.

Fr. AMATUS DE SUTTER a S. FAMILIA, O. C. D.

---

<sup>10</sup> Paris, deuxième édition, 1948, p. 137-138. La lettre dans laquelle la Sainte parle du livre ne porte pas le n° 186 mais le n° 106. Pour l'édition récente de ce livre voir ci-dessus la note du R. P. Grégoire. Ste Thérèse elle-même avait en mains la deuxième édition du livre d'Arminjon.